

Ignacio Ferrando, titulado por la ETS de Edificación, donde ha impartido docencia, es un reconocido escritor

## “En mi última novela, trato de llevar la arquitectura y la narrativa al mismo nivel”

Escritor e ingeniero, Ignacio Ferrando coordina el Máster de Narrativa de la Escuela de Escritores, donde también imparte talleres de relato y lectura crítica. Titulado por la Universidad Politécnica de Madrid, durante años ha sido profesor de la Escuela Técnica Superior de Edificación. Aunque reconoce que ahora su vinculación es “tangencial y estrictamente afectiva, hay un trocito de mí en la UPM. No sólo porque me formé profesionalmente allí, sino porque, algunos años después, tuve el privilegio de impartir clases en la Escuela con un inmejorable equipo de colegas del que tengo el mejor de los recuerdos”, asegura.

Es autor de las novelas *Nosotros H* (Tropo, 2015), *La oscuridad* (Menoscuarto, 2014) y *Un centímetro de mar*, (Alberdania, 2011) que obtuvo el Premio Ojo Crítico de RNE y el Premio Ciudad de Irún. En narrativa breve ha publicado *La piel de los extraños* (Menoscuarto, 2012; Premio Setenil 2013), *Sicilia, invierno* (JdeJ, 2009) y *Ceremonias de interior* (Castalia, 2006; premio Tiflos).

Su trabajo ha sido reconocido con galardones como el Premio Internacional Juan Rulfo, el premio Gabriel Aresti, el NH Mario Vargas Llosa, el premio de narrativa de la UNED, el Hucha de Oro o el Ciudad de San Sebastián, entre otros. Ha sido incluido en varias antologías y libros colectivos: *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento actual* (Menoscuarto, 2010), *Madrid, Nebraska* (Bartleby ediciones, 2014), *Perturbaciones* (Salto de página, 2009) y *Un nudo en la garganta* (Trama editorial, 2009). Algunos de sus relatos están traducidos al inglés y al alemán.

Ha impartido conferencias sobre escritura y lectura crítica en lugares como la Universidad de Turín, el CSIC, el *Orivesi College of Arts* (Finlandia), la Universidad Complutense (Madrid), la Universidad de Alcalá, la Escuela de Escritura del Ateneo barcelonés y el Liceo Italiano.

**¿De dónde y cuándo surge su vocación literaria? ¿Y la de la arquitectura? ¿Cómo las compagina?** En realidad, fueron vocaciones paralelas. Cuando era estudiante, escribía cuentos y novelas. Después, cuando empecé a trabajar en arquitectura, madrugaba a las cinco de la mañana para poder seguir escribiendo. Tengo muy buenos

recuerdos de aquella época. El silencio, mi ordenador, los cuentos completos de Cortázar, el deslumbramiento por Kafka, ese mundo interior tan efervescente... y luego la parte profesional, a partir de las nueve, mucho más complicada y exigente. Es decir, la sensación de habitar dos vidas complementarias y a la vez profundamente irreconciliables. Quien haya estado en una obra (a pie de obra, y no es una metáfora), sabe que es un oficio que deja poco espacio para



otras inquietudes. Es un mundo terriblemente masculinizado, a veces contradictorio y muchas veces pueril. Pero entonces yo tenía la fuerza para compaginar ambos mundos. Así que durante años trabajé siguiendo este método: escribía de madrugada, trabajaba el resto del día. Pero hace unos doce años, de repente, todo empezó a funcionar, a girar vertiginosamente en otra dirección. Gané algunos de los concursos más prestigiosos de relato de España y Francia y eso me abrió la puerta a la profesionalización de la escritura. No sólo fueron los premios, sino el consejo de escritores como Javier Sagarna, Luis Landero o Luis Mateo Díez, que me animaron a tomar la decisión. Fue en esa coyuntura, años después, cuando empecé a trabajar como profesor asociado para la UPM. Un lugar muy diferente, a tiempo parcial, que junto a mi trabajo en la Escuela de Escritores, me permitía compaginar ambas facetas.

**¿Influye su formación como arquitecto en su literatura?**

Sin ninguna duda. Mi primer relato premiado se tituló *Babel* Ganó el premio Mario Vargas Llosa y decidí editarlo, después de muchos años, en mi libro *La piel de los extraños*. La historia narra la ambición de un deán que quiere construir una torre encima de la bóveda de una iglesia. Es un empeño megalómano, descreído, seguramente improbable. La historia está contada por uno de los obreros y el lenguaje técnico no puede ser más arquitectónico. En 2011, escribí una novela cuyo argumento era este: un alemán debe viajar a un determinado centímetro de mar ubicado en el Mar del Norte y llegar en un instante preciso. Básicamente, se trata de la aplicación argumental del Principio de Incertidumbre de Heisenberg. Este principio opera también como parte de la estructura narrativa del texto. Pero es en mi última novela (*Nosotros H*) donde decidí dejar de lado mis prejuicios y considerar estas dos facetas, más que como algo excluyente o cerrado, como una singularidad. Perdí el miedo, podría decirse. Traté de llevar la arquitectura y la narrativa al mismo nivel, a un cierto paralelismo de fuerzas. Por supuesto, lo que sí tengo claro cuando escribo li-

bro es que hago literatura (o lo pretendo), no ciencia, ni matemáticas, ni estadística, y que ese es mi único objetivo. Que los escritores deban ser estrictamente hombres de letras es un gran malentendido. No solo porque me dé la razón la historia de la literatura (Levi, Benet, Atxaga...), sino porque estoy convencido de que ciertos enfoques “clásicos”, alumbrados desde una perspectiva técnica, revelan rincones casi siempre inexplorados.

**¿Qué lugar ocupa en su vida la docencia?**

Me siento profundamente afortunado de poder dedicarme a esto. La docencia y el contacto directo con mis alumnos siempre me han resultado gratificantes. En ese aspecto, como ellos saben, estoy en continua formación, investigando siempre nuevas áreas de conocimiento, replanteándome mis pocas certezas (y casi siempre desbancándolas). El buen docente, en mi opi-

nión, es aquel que no repite (o no repite más allá de lo estrictamente necesario) sino el que se renueva, el que está en evolución e inventa y cambia, alguien que propone, que tiene opiniones propias, no sectarias, y que tiene capacidad intelectual para gestionarlas. Por otro lado, también me parece fundamental ser capaz de provocar empatía en los alumnos, que no te vean como algo ajeno, que no va con ellos. Esto, que suena tan idílico y equilibrado en el plano teórico, está condicionado por otras muchas variables y luego resulta bastante complicado en las aulas. Pero a veces se logra. Y es mágico. En mi caso, como docente, siempre he sentido esa prioridad de mantener el equilibrio entre la cordialidad y esa autoridad intelectual, por pretencioso que suene, de la que antes hablaba.

**¿Por qué decidió comenzar su carrera literaria en el género del cuento?**

Íntimamente es el género que más me gusta escribir. También el que más respeto. Tradicionalmente se dice que es un género minoritario (y lo es) y eso complica su viabilidad de cara a las editoriales y a los lectores. Pero no existe género literario que, en tan poco, dé tanto. Por suerte, hay editoriales heroicas (Menoscuarto, Salto de Página, Páginas de Espuma) que han apostado, desde el principio, por autores especializados en el género. Pero no hay placer asimilable al que experimentas al terminar de leer *Tormenta*, de Cees Nooteboom; o *Signos y símbolos*, de Nabokov, por poner solo dos ejemplos magníficos. Como autor, el cuento me permite experimentar, llevar las cosas al extremo. Definiendo la tesis, como otros muchos, de que sin riesgo narrativo no hay ni puede existir literatura. El riesgo, no pocas veces, pasa por el juego y la experimentación. De ahí que el relato sea un género magnífico para foguearse.

El precio de una equivocación siempre es me-

nor y el grado de libertad creativa (algo que siempre debería valorar un escritor) casi ilimitado. Por último, no creo en eso que dicen muchos de que el relato sea un paso previo a la novela. Tampoco que sea un género menos exigente o más anárquico. Lo que sí tengo claro, es que el escritor de novelas que soy le debe mucho, muchísimo, al escritor de cuento. De hecho, salvo el detalle del número de páginas y el uso de ciertas estrategias técnicas, no pocas veces tengo la sensación de haber escrito un cuento largo que he tardado dos años en alumbrar. Pero la esencia de mis novelas está en mis cuentos. A mis alumnos de la Escuela de Escritores siempre les recomiendo aprender a componer relatos antes de enfrentarse a una novela. No porque sea un paso necesario, sino porque, si dominas un género, aprenderás muy rápido el otro. Y lo harás casi siempre con solvencia.

**Con la obra *Un centímetro de mar se adentró en la novela. ¿Qué le motivó a hacerlo?***

En realidad no fue mi primera novela, sino la tercera. Las dos anteriores estaban en un cajón: una de ellas justamente, y ahí seguirá, y la otra, probablemente se editará en breve. Pero esta novela logró el Premio Ciudad de Irún y, por ese motivo, fue editada. Fue muy bien acogida por la crítica. Ocho meses después recibí el Premio Ojo Crítico de RNE. De repente me sentí un poco desbordado. Si tuviera que dar un único motivo por el que empecé a escribir novela, diría que porque este género me brindaba la posibilidad de profundizar psicológicamente en los personajes, cosa que el relato, por sus limitaciones de extensión, no me permitía. También la necesidad de elaborar tramas complejas que, en el relato, hubieran quedado cojas o demasiado apresuradas. Escribir novela era un reto, por supuesto; y lo que en ese momento me demandaba a mí mismo.

**¿Puede describir en su caso cómo surgen sus relatos? ¿En qué se inspira?**

A veces surgen de imágenes (una mujer que llora al amantar a su bebé, un cabello, una mujer sin brazos), otras de ideas, de lecturas, de un fogonazo que sobreviene en una conversación o durante una noche de copas. He aprendido a discriminar esas ideas que a priori se presentan como geniales, pero que luego, en su mayor parte, terminan por desvanecerse, a través de un proceso mental que consiste, básicamente, en dejarlas flotar en mi cabeza. Si tienen que ser olvidadas, si son mediocres o poco interesantes, las olvidaré. Pero si persisten, si nuevos detalles acuden a completarla, si esa idea llama de nuevo mientras estoy con otro libro, terminarán ineludiblemente convertidas en historias. A veces, cuando sobreviene esa pulsión, dedico un tiempo a plasmar la materia prima, el borrador, una especie de croquis, pero siempre lo hago sin interrumpir el proyecto en el que estoy trabajando (es como si me dijera, vale, hazlo, te lo permito, pero solo en tu tiempo libre). En este sentido, considero que tengo un imaginario excesivamente fértil, lo que muchas veces supone un verdadero problema y casi siempre una ventaja.

**¿Puede recomendar la lectura de una obra suya o de un relato que destaque especialmente?**

Siempre queda mal que un autor recomiende sus propios libros, pero atendiendo a la pregunta, sugeriría *Nosotros H*, el que hasta ahora es mi último libro. No solo es el más reciente, sino que, para mí, representa la consecución de una forma de hacer las cosas, la que imaginé hace veinte años, cuando era un aparejador que se levantaba de madrugada a escribir. Su vocación, más que narrativa, es poética y hasta cierto punto experimental. Pero creo que ayudará a sus lectores a hacerse una idea de lo que ha sido mi trayecto hasta ahora.

